

PROBLEMAS DE SINTAXIS COLOQUIAL ANDALUZA *

A Julio Fernández-Sevilla. *In memoriam*

0. Son necesarias ante todo algunas precisiones en torno al título.

a) En primer lugar, no hace falta decirlo, el adjetivo «andaluza» no tiene en absoluto carácter exclusivo ni excluyente. Se justifica simplemente porque el material de que me sirvo procede en su mayor parte de la transcripción de una serie de grabaciones realizadas íntegramente en Andalucía, amablemente puestas a mi disposición por Jesús M.^a Fernández Jiménez, que elabora, bajo mi dirección, su tesis doctoral sobre sintaxis coloquial, y a quien quiero expresar mi gratitud. Se trata de conversaciones espontáneas entre hablantes andaluces de uno y otro sexo, de edad, instrucción y nivel sociocultural diferentes, datos todos que —junto con el lugar de nacimiento, profesión, residencia habitual, viajes realizados, etc.— se hacen constar en la transcripción correspondiente.

Con objeto de agilizar y facilitar su lectura, normalizaré —siempre que ello no afecte a la sintaxis— los ejemplos que se aducen, a sabiendas de que no transcribirlos fonéticamente desvirtúa parcialmente la realidad idiomática.

En más de una ocasión he afirmado que, en términos estrictamente lingüísticos, no cabe hablar de una sintaxis propia de las hablas andaluzas, lo que no impide reconocer que los andaluces

* Ponencia presentada en el XV Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, celebrado en Córdoba del 16 al 20 de diciembre de 1985.

explotan y dotan de particulares valores expresivos a ciertos procedimientos gramaticales¹. No es casualidad, por ejemplo, que más de la mitad de las obras que sirvieron a W. Beinhauer para la redacción de su libro *El español coloquial*² pertenezca a autores meridionales. Cierto es también que se está muy lejos de superar la conciencia de subestimación del habla popular de los andaluces³.

Por otra parte, en tanto no se disponga de estudios sobre la sintaxis del español hablado en otras áreas⁴, difícilmente podrán considerarse como peculiares o específicos de una de ellas determinados fenómenos concretos.

b) No resulta fácil delimitar y perfilar lo que ha de entenderse por «coloquial». El DRAE se limita a diferenciar el lenguaje coloquial del «escrito» o «literario», lo que a todas luces resulta insuficiente. Tampoco el *Diccionario de términos filológicos*, de F. Lázaro⁵, que prefiere la denominación «lengua de uso», resulta muy esclarecedor pues se limita a decir que es la «modalidad utilizada por los hablantes en sus relaciones cotidianas», en oposición a «lengua especial», que no cree necesario definir. Y M. Seco opina que la imprecisión parece inevitable, «ya que el lenguaje popular no es un idioma al margen de la lengua general» y determinarlo con alguna precisión constituye «una grave dificultad de raíz», por lo que el concepto es manejado empíricamente por todo el mundo⁶.

¹ «Problemas de sintaxis andaluza», *Analecta Malacitana*, 2,2, 1979, págs. 245-285.

² Madrid, 2.^a ed., 1968.

³ En una publicación reciente respaldada por la Junta de Andalucía y destinada a los escolares se lee lo siguiente: «Con la investigación sobre nuestro [sic] habla pretendemos conocer las razones del desprestigio con que se considera nuestra forma de hablar y qué postura debemos adoptar para defender y potenciar nuestro habla, tan rica en sintaxis y tan viva en expresión» (*Carpeta de investigación n.º 14: NUESTRO HABLA*, pág. 1). Sin embargo, el carácter conservador y tradicional de la sintaxis, así como del léxico, de los hablas meridionales —frente a la naturaleza esencialmente revolucionaria de su pronunciación— es idea que se ha convertido casi en tópico (cf. A. Llorente, «Fonética y fonología andaluzas», *RFE*, 45, 1962, págs. 227-240, pág. 227).

⁴ Ni siquiera de la conocida obra de Charles E. Kany *Sintaxis hispanoamericana*, Madrid, 1969, puede afirmarse que constituya un tratado sistemático de la sintaxis que se descubre en el uso coloquial de Hispanoamérica, donde, por otro lado, son más que notables las diferencias entre unas zonas y otras.

⁵ Madrid, 3.^a ed., 1968.

⁶ *Arniches y el habla de Madrid*, Madrid, 1970, § 1.3.

En efecto, la tarea de distinguir las diversas lenguas «funcionales» que, entrecruzadas, constituyen una lengua «histórica» —utilizando conceptos difundidos por E. Coseriu—, necesaria metodológicamente, resulta muy difícil tanto desde un punto de vista teórico como en la práctica. No sorprende que se utilicen, como estamos viendo, indistintamente —por falta de precaución o por simple comodidad— nociones y términos que responden a criterios diferentes para referirse al mismo objeto: «conversacional», «popular», «familiar» e incluso «vulgar», aparte de «coloquial», claro es⁷. A ello ha de sumarse el hecho de que todos estos adjetivos se aplican por igual a «lenguaje», «lengua» o «habla», y la misma expresión «lengua hablada» (o «lenguaje hablado») es usada con frecuencia con igual referencia, lo que acentúa la confusión.

Es innecesario insistir en que los puntos de vista subyacentes en tales voces son heterogéneos y no todos propiamente lingüísticos. Algunos de ellos, por lo demás, no son fáciles de precisar; ¿qué debe entenderse, por ejemplo, por «pueblo», al que sin duda está ligado «popular»?

Más que hacer explícitos sus rasgos característicos, los estudiosos intentan trazar la frontera que separa la lengua coloquial de otra u otras modalidades idiomáticas, sin dejar de reconocer que los límites siempre son borrosos. Y si bien al otro lado de esa línea imaginaria no es mayor la precisión —piénsese en las dificultades que entraña definir qué se entiende por lengua culta, cuidada, elaborada, estándar, normalizada, oficial, común, etc., denominaciones todas que, con mayor o menor frecuencia, pueden hallarse utilizadas para designar básicamente lo mismo⁸—, la oposición más usual se esta-

⁷ Y no extraña que algunos de tales vocablos sean libremente utilizados por un autor en un mismo trabajo. Así, W. Beinhauer, al tratar de «Algunos rasgos evolutivos del andaluz y el lenguaje vulgar» (*Studia Philologica. Hom. a D. Alonso*, I, Madrid, 1960, págs. 225-236), emplea casi como sinónimos «lenguaje vulgar» (que identifica con «el de las gentes incultas de los bajos fondos sociales de Madrid y otras ciudades peninsulares de habla castellana»), «lenguaje popular» (págs. 226, 228, 229, 234, etc.), «lenguaje conversacional» (pág. 227), «lenguaje coloquial» (págs. 227, 228, 229, etc.), «habla común y corriente» (pág. 231), denominaciones todas que opone a «lengua culta» (pág. 230) o a «lengua oficial» (pág. 236).

⁸ Otras expresiones, como «español básico» o «español neutro», parecen responder a la intención de liberarse del criterio normativo que está presente en las citadas.

blece con la norma llamada culta. Lo correcto parece oponerse más directamente a lo vulgar (o incorrecto), por más que las «incorrecciones» abundan en la lengua coloquial, como corresponde a una modalidad en que no suele adoptarse ningún tipo de precaución respecto a la norma establecida.

A. Carballo, por ejemplo, escribió su *Español conversacional* —quizás el término más cercano a «coloquial», que personalmente prefiero⁹— para aquellos alumnos que han aprendido nuestra lengua fuera de España, y a los que habitualmente se les enseña sólo el «español literario, culto»¹⁰, otra confusión más.

En realidad, tal diferenciación sólo podrá hacerse adecuadamente cuando se logre una caracterización en términos estrictamente lingüísticos de la lengua coloquial, más concretamente, cuando se logre aislar el conjunto de fenómenos sintácticos que son propios de la misma, más relevantes y decisivos, sin duda, que los hechos fonéticos y el léxico. A ello intentan contribuir las observaciones que siguen.

c) En seguida aludiré a los rasgos —pocos y muy generales— que habitualmente sirven para establecer la separación. Antes he de hacer una última observación.

De la sintaxis coloquial, tal como se manifiesta en el habla andaluza, me limitaré a presentar algunos problemas, mejor dicho, ciertas precauciones de índole metodológica para abordar su análisis. Ciertamente es que corto ha de resultar el alcance de una descripción que no se integre en una teoría general de la actuación, esto es, la relación entre fenómenos no lingüísticos y acciones lingüísticas; pero en este terreno sociolingüístico se están dando aún los primeros pasos. En lugar de partir del examen de los subcódigos utilizados en el seno

⁹ Aunque no es preciso detenerse en ello, no estará de más recordar que el coloquio constituye la primera y fundamental situación comunicativa en que se manifiesta el lenguaje humano. Hablante(s) y oyente(s) intercambian constantemente y alternativamente sus papeles, y se valen del código de manera espontánea y libre, sin plan preconcebido ni condicionamientos previos. En las grabaciones de que me sirvo aparecen parlamentos más o menos extensos que no responden del todo a ella, sino que constituyen verdaderos monólogos en los que el emisor narra o describe algo sin esperar propiamente respuesta ni reacción por parte del interlocutor. Estos casos, en los que se revela una andadura sintáctica distinta y peculiar, no se toman en consideración por el momento.

¹⁰ Madrid, 5.ª ed., 1970.

de una comunidad, se suele arrancar de una previa clasificación estratificacional de los miembros de la misma, a los que suele asignarse de antemano un tipo de modalidad idiomática.

1. Que está por hacer la gramática de la lengua coloquial es algo reconocido por todos. En las monografías dialectales, las páginas dedicadas a los hechos sintácticos propiamente dichos son escasas o inexistentes¹¹, por lo que, a pesar de la reiterada utilización del título *El habla de...* en Memorias de Licenciatura y Tesis doctorales, no descubrimos realmente en ellas cómo se habla en una zona o punto determinado, sino que, a lo sumo, logramos conocer cómo se pronuncia y de qué vocabulario se valen los hablantes. Y los escasos tratados generales que versan sobre el lenguaje coloquial, como el ya citado de W. Beinhauer o el de B. Steel¹² —y no deja de ser significativo que ambos sean de autores no originariamente hispanohablantes—, extraen sus datos de obras teatrales o de las partes dialogadas de novelas que pretenden calcar, con desigual fortuna, el uso coloquial¹³.

Choca en principio esta desatención, especialmente hoy, pues, por más que se siga afirmando que es difícil observar el habla cotidiana natural¹⁴, hay que decir que no tiene por qué ser verdad ya eso de que *verba volant*; las palabras pueden quedar fácilmente registradas y ser reproducidas y analizadas cuantas veces se quiera. En sintaxis, además, apenas se dan los inconvenientes a que se refiere M. Alvar a propósito de la transcripción fonética indirecta, especialmente el

¹¹ Sirva de ejemplo la excelente tesis doctoral de G. Salvador («El habla de Cúllar-Baza», *RFE*, 41, 1957 y 42, 1958-59, y *RDTP*, 14, 1958), cuyo capítulo dedicado a *Sintaxis* apenas ocupa cinco páginas. En las monografías referidas a otras áreas hispánicas sucede algo semejante; así, en *El habla de la Bureba* (Madrid, 1964), de F. González Ollé, se dedican a la *Gramática* las páginas 33-41. Claro es que resulta más grave que en las escasas líneas que se refieren al aspecto gramatical se deslicen inexactitudes e incluso auténticos desatinos; peculiar del habla de Cádiz es, en opinión de Pedro M. Payán Sotomayor, el *que* interrogativo que aparece en casos como *dice mi madre que qué quería* (*El habla de Cádiz*, Cádiz, 2.ª ed., 1984, pág. 123).

¹² *A Manual of Colloquial Spanish*, Madrid, 1976.

¹³ Menos justificación tiene el que los ejemplos aducidos por M. Muñoz Cortés en el capítulo IX —«Las oraciones. Los anacolutos»— de su libro *El español vulgar* (Madrid, 1958) estén sacados del lenguaje periodístico.

¹⁴ Cf. W. Lavob, «The Study of Language in its social context», *Studium Generale* 23, 1970, págs. 30-87.

riesgo de una transcripción impresionista¹⁵. En el Simposio de la Sociedad Española de Lingüística celebrado en 1976, tuvo que recordarnos G. Salvador que la posibilidad de una sintaxis de la lengua hablada «nos está exigiendo a los lingüistas la tarea de hacerla, y nos lo está exigiendo con apremio»¹⁶, e incluso pensó en un nombre para bautizar esa nueva disciplina, «Femiología»¹⁷. «La sintaxis —ha afirmado también G. Salvador— nunca ha sido hasta ahora ocupación de dialectólogos sino de filólogos»¹⁸. En parecidos términos me expresé con ocasión del III Simposio Internacional de Lengua Española, celebrado en 1984 en Las Palmas de Gran Canaria. No parece, sin embargo, que hayan surgido muchas vocaciones fem(i)ológicas¹⁹. Como las consideraciones entonces hechas aparecerán —espero que en un futuro no muy lejano— en las correspondientes *Actas*, no voy a repetir las que, en mi opinión, constituyen las verdaderas razones de esta falta de atención. Aparte de que, como señaló A. Carballo, «la gramática en España ha tenido mal público como arte, y de rechazo como ciencia»²⁰, hay que sospechar que su escaso cultivo se debe, en parte al menos, al hecho de que identificar, describir y explicar una modalidad de pronunciación o analizar el significado de las voces y expresiones propias de una región o estrato entraña menos dificultad que el examen de las funciones sintácticas a partir del descubrimiento de los procedimientos sintagmáticos utilizados de manera regular por parte de los hablantes al construir espontáneamente sus enunciados. Tal dificultad se acentúa por la escasa utilidad

¹⁵ «Las grabaciones y la dialectología», en *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*, Madrid, 1960, págs. 79-89.

¹⁶ «La investigación de textos hablados», *RSEL*, 7, 1977, págs. 59-68, pág. 63.

¹⁷ En el coloquio subsiguiente, F. R. Adrados propuso el término *Femología*, según él más correcto etimológicamente.

¹⁸ «Estructuralismo lingüístico e investigación dialectal», *RSEL*, 7, 1977, páginas 37-57, pág. 53. «El lingüista es siempre un filólogo», llegan a afirmar J. B. Marcellesi y B. Garvin (*Introducción a la Sociolingüística*, Madrid, 1979, pág. 147).

¹⁹ Unas «Notas de sintaxis femológica», de J. A. Moya Corral, han aparecido en *RSEL*, 11, 1981, págs. 83-89. En el volumen *Sociolingüística andaluza/1* (Sevilla, 1982) aparece un estudio de F. Rodríguez-Izquierdo sobre «Economía y redundancia en el uso de los sustitutos gramaticales», y en *Sociolingüística andaluza/3* (Sevilla, 1985) se incluyen los siguientes: F. Rodríguez-Izquierdo: «Procedimientos de topicalización en el habla culta de Sevilla»; P. Carbonero: «Sobre ciertas construcciones de relativo en el habla urbana de Sevilla»; C. Fuentes: «Sobre las oraciones consecutivas en el habla urbana de Sevilla (nivel culto)»; F. Rodríguez-Izquierdo: «Procedimientos de negación en el habla de Sevilla».

²⁰ *Op. cit.*, pág. XI.

de los instrumentos conceptuales —teóricos y metodológicos— de nuestras gramáticas a la hora de reconocer y estudiar la estructuración sintáctica de un texto hablado espontáneo. En realidad, muchos de los conceptos establecidos por la tradición no han sido definidos en términos estrictamente gramaticales (no se han diferenciado las funciones semánticas de las propiamente sintácticas, éstas se han identificado con ciertos procedimientos formales que las expresan, etcétera), por lo que sería necesario replantearse previamente todo ello para, a partir de ahí, determinar los rasgos propios y diferenciales de cada dialecto, horizontal o vertical.

Lo que transcribo a continuación corresponde a una profesora de E. G. B., titulada superior, de treinta y tres años:

Pues José María, qué gracia, oye; porque él pensaría..., pero después, bien ¿no?, o sea, normal, porque hablando y tal ¿no? decía..., no sé..., un poco... receloso, vaya, por si yo... ¿no?..., pero, nada, estuvimos hablando, y nada, él ya vio... ¿no? que yo, vaya, que yo... normal.

Invito a quien piense que esto es insólito a abrir por cualquier página el volumen *Sociolingüística andaluza / 2*, editado por el Departamento de Lengua Española de la Universidad de Sevilla, en el que se recoge el material de encuestas para el estudio del habla urbana culta de Sevilla; se le pregunta a una funcionaria de cuarenta y tres años en qué parte de Sevilla nació, y responde:

Yo, aunque nacida, como domicilio mío, en la zona de San Martín, pero, luego, por razones de vivienda, de familiares, sobre todo, de abuela y eso, nació..., bueno, nacer, desde luego, pero, además me he criado gran parte del tiempo en el sector de la Macarena²¹.

Admitamos que son textos plagados de «muletillas» que interrumpen la construcción, de estructuras suspendidas o inacabadas, de anacolutos, etc. (me referiré a todo ello más adelante). Pero el estudioso no puede sentirse satisfecho simplemente con calificar de malo o viciado mucho de lo que se oye ordinariamente. Y en todo caso, hasta para condenar lo que nos parece rechazable es preciso estudiar previamente el uso oral, porque de lo que no cabe duda es de

²¹ *Sociolingüística andaluza/2* (Encuestas del habla urbana de Sevilla —nivel culto—), Sevilla, 1983, pág. 175.

que así se habla, así hablamos. Al no existir ni siquiera una descripción de los tipos de anacolutos *, por ejemplo, no resulta procedente (es arriesgado, al menos) reprobador sin examen todo aquello que no parece ajustarse a las reglas contempladas en las gramáticas. Cuando M. Muñoz Cortés afirma que «hay que conquistar» el lenguaje correcto, parece estar pensando que sólo hay una modalidad del mismo. Se olvida con frecuencia que la norma culta no es más que un ideal, que no debe identificarse del todo con la manera de expresarse de ningún grupo o ámbito en particular; no se trata de un «corsé» impuesto, sino de una aspiración de dominar la forma más eficaz y adecuada que garantice al máximo la comunicación entre los hablantes de una comunidad idiomática. No hará falta recordar que hablante culto no es el que permanentemente se vale de un registro altamente elaborado, sino aquel que es capaz en todo momento de adecuar su modalidad expresiva, siempre variada y flexible, a las circunstancias y características de cada acto comunicativo. De hecho, la competencia de todo hablante es, en grado diverso, multilingüística o multilectal, si bien en las capas inferiores la asimetría entre la competencia pasiva y la que de verdad es dominada activamente es menor.

Pues bien, incluso desde el punto de vista que contempla la necesidad de superar las barreras lingüísticas (y hay que decir que no resulta fácil elaborar propuestas concretas para tal educación emancipatoria, entre otras razones, porque el subcódigo oral propio constituye un fuerte factor de identidad y de solidaridad que los integrantes de un grupo social se resisten a abandonar) encuentra plena justificación el estudio de la sintaxis de la lengua coloquial, porque, aunque no falta quien piensa lo contrario ²², las variables gramaticales tienen una capacidad de diagnóstico sociocultural más fuerte que las fonológicas y las léxicas.

* En el mismo Simposio en que se expuso esta Ponencia, presentó una comunicación sobre «El anacoluto en la lengua hablada» M.^a Jesús Bedmar Gómez.

²² Por ejemplo, todas las variables seleccionadas por W. Labov en su conocido estudio *The social stratification of English in New York City*, Washington, 1966, son fonológicas. Otra cosa es que las diferencias de pronunciación y léxicas sean patentes y se identifiquen de manera inmediata incluso por los propios hablantes.

2. Pero ¿qué debe entenderse por «lengua coloquial? Hay que repetir que lograr su definición como objeto homogéneo de estudio resulta difícil, por no decir imposible. La inseguridad lingüística suele estar en estrecha relación con la estratificación social, esto es, a menor nivel socioeconómico y cultural, mayor inseguridad y superior falta de nivelación²³. Ello cobra más sentido, si cabe, en esta región, donde, según datos divulgados por la propia Junta de Andalucía, un 37,9 % de la población es analfabeta en primero o segundo grado, lo que quiere decir que, aparte de los analfabetos totales (aproximadamente un 12 %, casi el doble de la media nacional), es abrumadora la cifra de analfabetos funcionales, es decir, aquellos que, si bien saben leer y escribir, son incapaces de utilizar los lenguajes escrito, verbal y numérico, por lo que no tienen verdadero conocimiento del mundo en que vivimos. Sin pasar por alto la influencia que pueden ejercer hoy los medios audiovisuales de difusión, por lo que respecta a esta amplia capa de población, me inclino a aceptar lo apuntado como hipótesis por H. López Morales: el estrato más bajo del espectro suele permanecer impermeable a la influencia de otros (particularmente los medios) por «la inconciencia lingüística de estos hablantes, que los margina de los procesos de elección y consecuentemente los inmoviliza lingüísticamente»²⁴.

Por todo ello, tiene razón G. Salvador al decir que «la investigación dialectológica se dirige a un objeto dinámico, cambiante y, desde luego, ilimitado, no sólo prácticamente infinito, sino teóricamente infinito, infinito por definición»²⁵.

Desde luego, no me parece procedimiento muy fiable para este propósito la invocación a los propios hablantes, dado que los fenómenos sintácticos apenas cuentan como índice de conciencia lingüística²⁶. En la búsqueda de la identidad sociolingüística del andaluz,

²³ Para el polimorfismo en la pronunciación, vid. M. Alvar, *Niveles socioculturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, 1972, Cap. VIII.

²⁴ «Dialectos sociales en San Juan: índices de conciencia lingüística», en *Dialectología y Sociolingüística. Temas puertorriqueños*, Madrid, 1979, págs. 143-163, pág. 144.

²⁵ «Estructuralismo lingüístico...», *cit.*, pág. 40.

²⁶ Así lo afirma, por ejemplo, L. Raya, «Conciencia lingüística y otras cuestiones en torno a la sociolingüística: esbozo de un estudio práctico», *RSEL*, 12, 1982, págs. 107-118, pág. 114, pese a lo cual no ha dudado en utilizarlo para «comprobar» que es el verbo *ir* —y no *ser*— el que sirve a los hablantes de

M. Ropero Núñez se aprovecha de dos encuestas hechas a hablantes sevillanos. Se pide que respondan, en la primera, a preguntas como «¿Dónde se habla mejor, en Madrid o en Sevilla?» (cerca de un 38 % cree que en Sevilla, frente a un 32 % que piensa que se habla mejor en Madrid; el resto piensa que se trata de modalidades diferentes) o «¿Crees que el andaluz es un castellano mal hablado?» (la mayoría, casi un 79 %, dice que no). Tales preguntas, útiles quizás desde una perspectiva sociológica, están planteadas mal desde una perspectiva estrictamente idiomática, y peor aún lo está la siguiente, correspondiente a la segunda encuesta: «¿Piensa que el andaluz habla mal?» Aunque se aprecian diferencias entre los grupos establecidos (obreros, profesiones liberales, estudiantes, etc.), la mayor parte de los encuestados cree hablar bien, un 19,5% opina que habla mal, y algunos (3,6 %), regular. No es preciso recordar la serie de precauciones que han de tomarse a la hora de realizar e interpretar este tipo de encuestas²⁷; no resultaría muy difícil llevar a cabo otras de resultados notablemente diferentes. Pero es que, además, nada se nos dice acerca de lo que se entiende por hablar bien o mal; sólo se alude a la aspiración como rasgo que muchos de los encuestados reconocen como «defecto», de lo que podría deducirse que lo que se está valorando es una especial manera de pronunciar, sin especi-

Fernán-Núñez (Córdoba) para formar el pluscuamperfecto de subjuntivo —*Si la fuera terminao...; si yo fuera tardao menos*; etc.— («Dialectología sociolingüística en el habla de Fernán-Núñez (Córdoba)», *Axerquia*, Córdoba, 13, 1985, páginas 237-273, pág. 265). En opinión de Josefa M. Mendoza Abreu, en *Lepe* (Huelva), tal forma verbal se construye con el imperfecto de indicativo, en lugar del imperfecto de subjuntivo, del verbo *haber*, imperfecto de indicativo que muy frecuentemente cambia a *iba*, en vez del correcto *había*; así, *si yo hubiera estado allí* se realiza como *¶i yo iba ehtáo allí*; en otro lugar afirma que «los pretéritos pluscuamperfectos de indicativo y subjuntivo se forman con el imperfecto de indicativo del verbo *ir*, en lugar de con los imperfectos correspondientes de *haber*: *él ya iba venío* (por *él ya había venido*), *¶i yo lo iba sabío* (por *si yo lo hubiera sabido*)» (*Contribución al estudio del habla rural y marinera de Lepe —Huelva—*, Huelva, 1985). Con referencia a la misma población, I. Delgado Cobos dice: «el pluscuamperfecto de *haber* es *bía bítto*, lo que supone un cruce con las formas del verbo *ver*, cuyas estructuras fonéticas llegan a coincidir: /bél/, /bjéndo/, /bítto/. El significado ('haber' o 'ver') hay que extraerlo del contexto» (*El habla y la cultura rural de Lepe —Huelva—*, Memoria de Licenciatura, Universidad Autónoma de Madrid, 1978). Lamentablemente, no registra el *ALEA* el uso y la difusión de este pluscuamperfecto de subjuntivo con el auxiliar *ser*.

²⁷ Cf. J. Fernández-Sevilla, «Objetividad y subjetividad (Datos para el nombre de un dialecto)», *RDTP* 32, 1976 (Hom. a V. García de Diego), págs. 173-183.

ficar cuál²⁸. Sin embargo, hablar mal o bien sólo tiene sentido desde un punto de vista sociolingüístico, y es algo que podrá mostrarse, no exclusivamente, pero sí fundamentalmente, a través de la consideración de la distinta competencia gramatical de los grupos de hablantes, o, si se prefiere, por medio del análisis de la distancia existente entre la norma culta y la actuación lingüística habitual de cada estrato, sin olvidar que cada individuo puede y aspira a salir del suyo por la vía de la instrucción.

Quiere todo esto decir que en la delimitación como objeto de estudio de la lengua coloquial han de ser los fenómenos sintácticos los más relevantes; comoquiera que es precisamente la sintaxis el aspecto más desatendido de su estudio, tal definición se encuentra condicionada a la realización de tal tarea. Se pueden fijar, con todo, algunas coordenadas que sirvan de marco previo.

3. Por más que esté aceptado que cualquier dialecto, horizontal o vertical, es en sí un sistema —integrado, eso sí, en una unidad superior más abarcadora y, por lo mismo, más distante de la concreta realidad idiomática— y que como tal debe ser estudiado, en la práctica —y es uno de los males de este tipo de investigaciones— se continúa haciendo hincapié en aquello que se considera peculiar o específico, distinto de la norma ideal común o culta²⁹. Los tratadistas, en todo caso, proporcionan caracterizaciones muy generales, simplificadas, que prescinden de numerosas distinciones internas. B. Steel, por ejemplo, califica la lengua coloquial de informal —frente a la formal o estándar—, e incluso de *racy* ('chispeante, ingeniosa')³⁰; W. Beinhauer opone la lengua viva conversacional del pueblo (el habla «tal como brota natural y espontánea») a la lengua escrita; etcétera.

²⁸ En el concurso-oposición celebrado en 1983 para cubrir plazas de Catedráticos de Lengua y Literatura española en Andalucía, cuyo tribunal presidí, uno de los opositores pedía disculpas por no poder evitar en las exposiciones orales su natural ceceo; ninguno lo hacía por sesear (muchos eran seseantes) ni por aspirar o perder la -s final (casi todos hacían una cosa u otra, como es lógico). Los habitantes de las poblaciones cercanas se burlan del acusado ceceo de los vecinos de Montemayor (Córdoba). Los ejemplos podrían multiplicarse.

²⁹ De ahí que afirme G. Salvador —haciendo suyo el parecer de M. Alvar— que «no se puede atacar desde la dialectología estructuralista la llamada dialectología tradicional, sino simplemente la mala dialectología» («Estructuralismo lingüístico...», *cit.*, pág. 39).

³⁰ *Op. cit.*, págs. 12-13.

En cierto modo, la conocida distinción de Basil Bernstein entre *elaborated code* y *restricted code*, aunque hecha con otro propósito (el primero, según él, predomina en la clase media, y el segundo en la clase trabajadora), puede considerarse paradigmática. Serían propias del segundo las frases breves, gramaticalmente simples (escasez de subordinadas, por ejemplo), con frecuencia incompletas, y de forma pobre y descuidada; a diferencia del código elaborado o bien organizado, en el que los enunciados se estructuran de una forma siempre nueva y muy individualizada, el restringido opera con secuencias ya preestructuradas y predecibles.

No puedo detenerme en la consideración de los criterios subyacentes en esta diferenciación (para empezar, habría que decir que su concepto de «código» no es propiamente lingüístico), algo que, por lo demás, se ha hecho repetidamente. Conviene insistir, con todo, en que tal caracterización, hecha, como casi siempre, desde y por comparación con la lengua culta, dificulta el examen sistemático de la lengua coloquial en sí misma. En realidad, ni siquiera debería hablarse de dos «códigos» —en sentido amplio—, si se interpretan como grados distintos de una única escala jerarquizada³¹, sino que habrían de contemplarse como tipos diferentes de organización y estructuración de la andadura sintáctica. En todo caso, y si bien no puede negarse que existe una relación evidente entre el grado de destreza y habilidad idiomáticas y los distintos estratos socioculturales, en términos lingüísticos es una exigencia metodológica partir del análisis independiente de las varias lenguas funcionales aislables. Las palabras *breve*, *simple*, *incompleta*, *pobre*, *descuidada*, etc., aplicadas a la frase coloquial, han de entenderse como nociones relativas y por contraste con el «otro» código, en el que —se dice— las secuencias son más *largas*, más *complejas* siempre acabadas y *completas*, etcétera. Tal caracterización, sin embargo, no ha sido comprobada empíricamente para el español³². En el material que utilizo abundan

³¹ Es lo que se ha dado en llamar la «hipótesis del déficit», según la cual las capas inferiores actualizarían únicamente una parte de la lengua total.

³² Algunos estudios hechos en otras lenguas parecen corroborarla. Así, M. Vulpe cree haber demostrado que, estadísticamente, en rumano la frase oral es mucho más sencilla (por tanto, dice, más corta) que la literaria, que en los textos orales las oraciones independientes y coordinadas son más numerosas que las complejas, etc. («Notes sur les propositions subordonnées dans les textes dialectaux roumains», *RRL* 15, 1970, 251-259).

las frases que de ningún modo pueden calificarse de breves, por ejemplo; en todo caso, no tiene por qué ser relevante la longitud de los enunciados. Por otro lado, hablar de mayor o menor complejidad de una oración requiere clarificar qué debe entenderse por funciones constitutivo-funcionales, así como diferenciarlas de las semántico-informativas, por una parte, y de los procedimientos formales que las expresan, por otra. Son precisamente estas confusiones las que hacen que la tradicional clasificación de las denominadas oraciones complejas o compuestas se nos aparezca como incoherente y escasamente útil para el análisis de la lengua del coloquio. No hace falta demostrar, por otro lado, que la sintaxis coloquial es, en general, menos cuidada que la que se nos ofrece en la culta o elaborada, y que la falta de atención, de esmero e incluso de capacidad guarda relación con el nivel de instrucción de los hablantes. Desde la óptica de la lengua culta (y muy frecuentemente son ejemplos literarios los aducidos en la ejemplificación), no cabe duda de que muchas frases habituales en el coloquio no se ajustan, en mayor o menos grado, a las reglas descritas por las gramáticas, bien porque se produce transgresión de las mismas, bien porque aparecen como inacabadas o incompletas, o bien, sobre todo, porque responden a esquemas organizativos no contemplados en ellas. Pero el hablante, como es lógico, no suele ser consciente de tales «rupturas» de la norma, simplemente se sirve de su código espontáneamente, acumula secuencias sin un diseño previamente estructurado, inicia una construcción sin que la que le precede se halle sintácticamente cerrada o terminada, rectifica sobre la marcha cuantas veces lo considera oportuno, de acuerdo con el propósito nuclear del mensaje, etc. He aquí un fragmento cualquiera de una de las grabaciones realizadas:

Después, ¿qué otro tipo de libros me gustaban? Pues, no sé, me gustaban muchos ¿no?, pero es que antiguamente no estaban a la venta todo tipo de lecturas, porque tú sabes que entonces no..., y donde muchas veces, donde íbamos por los libros para poderlos leer era a la biblioteca de los salesianos, que tenían unos libros con muy buenos escritores, sí, sí. Unos escritores estupendos tenían allí, y tenían muy buenos libros. Y después teníamos nosotros unos amigos que tenían un..., bastante lectura estupenda, les gustaban mucho los libros, y eran, sí, eran estudiantes, y tenían bastantes libros y nos los prestaban; se los devolvíamos, como es natural, y volvían a prestarnos otros nuevos.

Tal sintaxis sin atadura a los moldes comúnmente establecidos no es exclusiva, como se ha visto, de la gente iletrada o de las capas socioculturalmente más bajas; aunque en proporción diferente, se ofrece en la conversación espontánea e informal de casi todos los hablantes. Así habla un profesor de Bachillerato de un intercambio organizado entre alumnos franceses y españoles:

Los intercambios nacen de una necesidad que veo yo como profesor de francés, en un colegio donde había poca motivación por los estudios, y cuando los niños, como es tradicional en todos los centros hacer un viaje de fin de curso, yo propongo que este viaje se pueda hacer a Francia, que es la nación donde se habla el idioma que ellos estudian, para que, motivarlos, incentivarlos de alguna manera en el aprendizaje del francés. Entonces, bueno, me puse yo en contacto con el director de un centro, éste a su vez me puso en contacto con la profesora de español de aquel centro, y tras sucesivas cartas y llamadas telefónicas nos pusimos de acuerdo para realizar este intercambio hace ya cinco años.

Pero no todo puede reducirse a resultado del descuido o de la impericia; no hay que olvidar que las diferentes modalidades de uso se encuentran mediatizadas por la propia situación comunicativa.

En suma, las supuestas transgresiones o incorrecciones gramaticales no han de ser orilladas, sin más, a la hora de describir la lengua coloquial, sino que son merecedoras de la atención de los estudiosos, tanto desde un punto de vista científico como desde una perspectiva pedagógico-política, en realidad indesligables. Ciertamente es que no resulta fácil la sistematización, especialmente si no logramos liberarnos del utillaje terminológico y conceptual al que estamos acostumbrados; a primera vista, puede incluso parecer que el aparente «caos» sintáctico no es tanto fruto de la falta de respeto a unas reglas como de la carencia de normas:

En la P. P. O. es que me parece a mí, yo no he pregunta(d)o, pero yo he oído que *puericultura* me parece que no hay... curso de *puericultura*.

* * *

El Ayuntamiento cobra un dinero muy bueno, ellos dicen que no cobran, pero el que lo tiene que pagar, ése sabe lo que paga, porque es que, sin ir más lejos, por ejemplo, tú te dan, por ejemplo, tu

permiso de obra, y ahora, pues claro, tú haces tu vivienda, como me ha pasado a mí en esta obra, en ésta y en todas las que construya.

* * *

Entonces yo creo que antes era, no porque lo antiguo sea lo mejor, eso no, quizás no, verás, no lo creo yo ni siquiera que lo antiguo sea lo mejor, creo que cuanto más moderno, las cosas son mejores ¿no?, pero que antes, lo que me refiero yo, es que te salías a las seis de la tarde por la Corredera y que pasabas hasta las doce de la noche unos ratos muy agradables, porque las había [máscaras] muy graciosas, muy graciosas.

* * *

De dos en dos nos alojaban allí, donde pillaban, hombre, donde pillaban y donde queríamos, porque yo decía: yo con una familia francesa..., porque yo no sé francés, así es que me busqué una andaluza d'estas simpáticas de Cádiz, española era, sí, y decía: ¡mira, niña, que aquí en mi casa no se habla francés, que aquí hay que hablar español.

Pero no es menos cierto que tal andadura sintáctica puede verse también como reflejo de una técnica, en cierto modo impresionista, con la que el hablante no precisa perfilar la estructuración constitucional:

P. —Y la comida, ¿le gusta a usted hacer la comida?

R. —Sí, me gusta mucho, pero es muy pesa(d)o, porque al instante te pones a arreglar la comida, estás toda la mañana arreglando de comer, y luego llegan todos, en un momento se pone to(do) mu(y) sucio, los platos, recoger la cocina, y luego terminas, el café, friega vasos, así que estás todo el día liá(da), luego la cena...

Las secuencias se van agregando a medida que acuden a la mente del hablante, sin que respondan a un plan u organización única; compárese

A media tarde me salgo de paseo, algunos días, los que puedo

con la que sería su equivalente «elaborada»:

los días que puedo salgo de paseo a media tarde.

Quizás sea esta sintaxis cortada y acumulativa la que ha llevado a hablar de preferencia por las frases breves. Pero, si no de una estructuración global previa, sí cabe hablar de un tipo de encadenamiento que suple la falta de tal diseño:

Pues yo, aparte del trabajo de casa por la mañana, pues termino de recoger el piso y eso, y por la tarde me voy ya, como tengo lo de Avón, que yo lo he cogido como profesión por las tardes, el tiempo libre que tengo, y me gusta mucho, porque, además de vender y de ganarme un dinero, pues conozco muchas amigas, tengo amistades, voy por la calle y la gente te va conociendo, y aparte de eso pues también tenemos muchas veces reuniones, nos dan conferencias, conoces a gente de otros pueblos, de otros sitios, y muchas veces nos dan comidas, vamos a Sevilla, ya tienes viajes, verás, que te lo pasas muy bien.

Y tal ausencia de atadura posibilita el añadido de sucesivas precisiones e incluso autocorrecciones:

Yo, mi categoría es maestro albañil, vamos, empresario, una pequeña empresa constructura.

* * *

P. —¿Qué es lo mínimo que tenías que saber?

R. —Yo qué sé, las tres reglas, más no, las tres reglas, sumar, restar, multiplicar, bueno, tres no, cuatro, sumar, restar, multiplicar y dividir, y ya está, hasta ahí llegabas.

4. No cabe duda de que contribuyen extraordinariamente a potenciar esta flexibilidad sintáctica los recursos dramatizadores y vivificadores:

Pero ahora, hija, yo querría que tú vieras, ahora es que no leo ni lo preciso, porque es que cuando se puede un rato, como yo digo, que sería por las tardes, pues siempre tienes jerseys que hacer: una, mamá, hazme este punto, mamá, hazme la espalda para esto, y siempre tienes costura y cosas que te hacen falta y no puedes coger los libros.

* * *

Pero había allí unas cuantas gentes que no tenían nada que ver con la coral, porque no tenían ningún mando, no eran ni presidente, ni vicepresidente, ni director, y se tomaban el mando por su cuenta, y cuando tú llegabas o llegaba cualquiera tarde decía: ¡oye, mira,

que esto no puede ser, que como sigáis así, pues os vamos a tener que echar!, además, como yo ya le dije una vez a una, digo, mira, cuando yo llegue tarde, quien me lo tenga que decir, que me lo diga, pero una mujer como tú eres, que no tienes ningún cargo y que muchas veces tú faltas, ¿por qué tú me vas a tener a mí que decir...

así como las constantes enumeraciones, analíticamente parceladoras

¿Por qué se amargan los niños que tienen catorce, quince años, dieciséis, diecisiete?,

las repeticiones, insistencias, etc., todo lo cual lleva a hablar de redundancia en el habla coloquial. En efecto, desde la mera reiteración de un término o expresión

Escúchame, escúchame...
Déjalo, déjalo...
Que sí, que sí...
Vete ya, vete ya, anda.

Yo comprendo que le guste a un niño fumar, que le guste divertirse, o que le guste gastar...

se ofrece una variada gama de recursos de insistencia redundante, la mayoría de ellos de claro propósito elativo, propósito que en muchas ocasiones aparece reflejado explícitamente, léxica o morfológicamente:

Me acuerdo estupendamente; y era yo chico-chico.
Aquello estaba precioso-precioso.
Lo he dejado seco, seco.
Hay pocos, poquísimos.
Desde que empieza la temporá(da) no hago más que comer uvas, uvas, uvas...

Sí ha cambia(d)o, ha cambia(d)o mucho.

Con refuerzo pseudo-contrastivo:

Es muy simpático, pero que muy simpático.
Yo no encontraba mujeres por ningún la(d)o, pero por ningún la(d)o.

Es frecuente que se utilice un procedimiento rítmico suplementario de inversión secuencial:

¡También eso cansa, eso cansa también mucho!
 ¡Qué grande eres, eres más grande...!
 Yo me decía: algo tengo que hacer, tengo que hacer algo, algo tengo que hacer.

No debe pensarse que el elemento repetido cumple siempre idéntico papel; con frecuencia —y así lo marca la pausa— la aparición inicial se usa como trampolín anticipador o impulsor de la secuencia propiamente dicha:

Depende, depende de la cantidad.

Mucho, mucho has tardado.

Y la aparición posterior puede desempeñar una auténtica función de cierre:

Un imbécil es lo que es tu padre, un imbécil.

Escupí(d)o tiene que ser eso, escupí(d)o.

O bien de elemento de recuperación de la construcción:

Tú, lo que pasa es que estás mosquea(d)o, estás mosquea(d)o por la conversación que tuviste con Gamero y yo al medio día, y si no, me apuesto yo contigo el pescuezo ahora mismo³³.

Claro es que muchas expresiones redundantes han terminado por convertirse, en mayor o menor grado, en fórmulas estereotipadas:

Párate para(d)o.

Ahí al la(d)o.

Ven acá pa(ra) (a)cá.

Luego después.

Otras, en cambio, son sólo aparentes redundancias, pues se emplean como condensaciones de informaciones más complejas, que han de extraerse del contexto:

Lo que pasa es lo que pasa.

Teníamos clase... cuando teníamos.

³³ Para el uso de *yo* (y *tú*), coordinado con un sustantivo u otro pronombre, como término de preposición, vid. A. Narbona, «*Contra mi padre y yo: otra lanza por Bello*», *Serta Philologica F. Lázaro*, I, Madrid, 1983, págs. 469-474.

Pertenece esto último a un campo pragmático rico y complejo, al que habrá que aludir en más de una ocasión, pero en el que no resulta fácil —ni aquí puedo hacerlo— adentrarse.

5. La abundancia de construcciones supuestamente suspendidas, inacabadas o incompletas suele verse como reflejo de la tendencia a la economía lingüística, tendencia que, para algunos, estaría en equilibrio funcional con la redundancia casi derrochadora a que acabo de hacer referencia³⁴. Pero el concepto de economía ha de ser manejado en lingüística con toda clase de precauciones³⁵.

Para empezar, la mayor vinculación del lenguaje coloquial a la situación hace innecesario que se verbalice un gran número de informaciones fácilmente recuperables por el oyente en virtud de que es copartícipe del contexto extralingüístico con el que cuenta el hablante. Así:

¡De haberlo sabido...!

Si te fueras ¡(d) cuando yo te lo dije...! ³⁶.

Pero eso era en la época de nosotros, ahora tienen ellos que ayudar, si no...

no pueden ser consideradas condicionales incompletas, pues el contexto hace innecesaria la apódosis. Y algo parecido cabría decir de

¡Con el dinero que me he gastado en él...!

de claro sentido concesivo. Otra cosa es que algunas de estas fórmulas hayan pasado a convertirse en verdaderos esquemas condensadores integrables en períodos de sentido causal-explicativo, condicional, temporal, concesivo, etc.; así, la preposición *con*, que no tiene prácticamente ninguna restricción en cuanto a los elementos cuya copresencia requiere, es un cómodo recurso que interviene en secuencias de las que derivan tales efectos de sentido:

Con la ginebra que has echa(d)o, poquita coca-cola, tío.

Con lo inteligente que eres, ¿por qué no lo sacas?

³⁴ P. Carbonero, *El habla de Sevilla*, Sevilla, 1982.

³⁵ Hechos como la reducción que ha supuesto la reorganización del sistema pronominal, la remodelación y simplificación del cuadro de relativos, etc., a todo lo cual me he referido en otra ocasión («Problemas de sintaxis andaluza», citado en nota 1), tampoco deben explicarse exclusivamente por una simple voluntad ahorradora.

³⁶ Véase nota 26.

Algo semejante puede afirmarse de expresiones como *yo que (tú), yo de (chico)*, etc.

Por otro lado, la suspensión de muchas frases no obedece, como es lógico, a una voluntad de ahorrar esfuerzo lingüístico alguno³⁷, sino a una clara finalidad expresiva, que puede plasmarse de modo diverso:

a) Se advierte a veces un claro propósito inquisitivo o incitador, incluso provocativo, más sutil que la pregunta directa:

Entonces, tú crees que en esa casa...³⁸.

b) Pero es mucho más frecuente el carácter básicamente enfático o elativo de la estructura (la línea melódica es, una vez más, marca decisiva); la inconcreción o indefinición potencia —peyorativa o enaltecedoramente, según los casos— una atribución no explícita, por ejemplo, como en:

Llevar adelante una tienda y una casa tiene que ser...

Yo es que para echar edad a la gente soy...

Es que eres...

Cuidado que es...

Es que están las cosas...

Todo ello ha de verse dentro del juego constante de elusión y alusión en el coloquio. No sorprende que muchas de estas estructuras se interpreten como comparativas o consecutivas de intensidad inconclusas:

¡Tiene cada ocurrencia...

¡Se le ocurren unas cosas...!

Está tó(do) que por cualquier lado que tires...

³⁷ Al principio del «menor esfuerzo» achaca W. Beinhauer una buena parte de los rasgos fonéticos del lenguaje vulgar («Algunos rasgos...», *cit.*, pág. 236). En el terreno de la sintaxis, aparte de que ciertos hablantes serían ya incapaces, por mucho que se esforzaran, de dominar otra modalidad (no estoy de acuerdo, sin embargo, con la afirmación general de que la capa media estaría perfectamente en condiciones de adaptarse a la conducta lingüística de la capa inferior, pero no a la inversa), los fenómenos de redundancia se presentan, como se ha visto, en mayor abundancia que en la lengua elaborada.

³⁸ Diferente es la utilización de una mera secuencia enunciativa en lugar de una pregunta directa, para provocar una reacción por parte del interlocutor, recurso del que se abusa hoy en las entrevistas ofrecidas por radio o televisión.

A propósito de casos como

¡Es más tonto...!

habla W. Beinhauer de *aposiopesis*; «el hablante —dice— no encuentra de momento ningún objeto para la comparación, y la frase queda sin concluir [...]. Los puntos suspensivos en lo gráfico y el tono en la pronunciación demuestran que aún se siente claramente lo incompleto de la frase»³⁹. En realidad, ni el hablante busca ningún objeto concreto con el que establecer la comparación ni, por supuesto, es consciente de haber dejado inacabada la frase. Por igual razón se podría decir que «falta» el primer miembro de la correlación en casos como

Está la calle que no cabe un alma.

Está aquello que le caen las goteras por todas partes.

Está que no te puedes hacer una idea de lo contenta que está en su colegio su señorita con ella.

La nariz la tengo que me tiro estornudando tó(do) (el) día.

Pero ni el hablante ha prescindido de algo ni el receptor se ve obligado a recuperar o reconstruir lo supuestamente elidido. Desde luego, no creo que tal *que* pueda ser interpretado como relativo, como algunos han defendido⁴⁰. Otra cosa es que algunas expresiones que aparecen tras tal *que* hayan terminado por convertirse en clichés enfáticos estereotipados:

Está la tía *que no me vea*.

Está este año el alcalde *que no me vea*.

Son verdaderos instrumentos de «cierre», comparables a los usuales

Yo en Semana Santa siempre me voy fuera, donde no se sienta el ambiente ése... *tú ya me entiendes*.

Como venga Rosy, *verás*.

Como se entere tu novio, *te vas a enterar*,

en donde se acude a expresiones apelativas cuyo significado se encuentra neutralizado.

³⁹ *El español coloquial, cit.*, pág. 257.

⁴⁰ Trato de ello en *Las proposiciones consecutivas en español medieval*, Granada, 1978, § 1.10.4.2.

La sintaxis se ve doblegada, en efecto, a las exigencias de la intensificación elativa y de la potenciación afectiva. Y ello no es algo que afecte exclusivamente a la comparación o a la intensificación de la que se espera una consecuencia; toda suspensión indefinida deja abierta la posibilidad de una significación elativa. Del *si* que aparece en casos como

¡Si tú supieras...!

¡Si tú vieras lo grande que está...!

al denominado «enfático»⁴¹ no hay más que un paso:

¡Si es que no dices más que cosas raras!

¡Si las tengo!

¡No, si me gusta!

por más que en estos últimos no se hable de estructuras interrumpidas.

Así pues, en lugar de interpretar estas secuencias como inacabadas, han de verse completas precisamente en cuanto suspendidas. No pretendo decir que toda interrupción obedezca a una clara y misma función comunicativa; ya se ha dicho que la ruptura y quiebra de la construcción es algo constante en el uso coloquial:

Ahí lo que ha pasa(d)o es que él, que está investigando la cuestión de averiguarle el desempleo a su mujer, entonces tiene las nóminas, tiene todos los contratos de ese tío, de este tiempo que ha esta(d)o ahora en Francia y..., me los estuvo enseñando este mediodía, y después de que estuvimos en el Bolero, en el Bolero tuvo..., vamos, tuvo un rozoncillo con el Gamero, no llegó..., no fue ná(da) de importancia ¿no?, pero tuvo un rozoncillo porque... cuando estás hablando, a veces te se escapan palabras, o las dices sin estar pensando lo que quieres decir sabes lo que te quiero decir ¿no?, por una palabra de más estuvieron discutiendo... y ahora, pues..., porque seguro que se le han caí(d)o por la calle.

* * *

Porque antes se ponían..., yo comprendo que la vida está ahora más mecanizá(da), porque antes se ponía un hombre a arar una viña y se tiraba... pues bastante tiempo, y ahora con los tractores y eso... pues cunde todo mucho más.

⁴¹ Cf. L. Contreras, «Oraciones independientes introducidas por *si*», *BFUCH* 12, 1960, págs. 273-290.

6. Intimamente ligado a este juego alusivo-elusivo y a la vinculación de lo verbalizado a la situación ha de verse el frecuente empleo de recursos antifrásicos que vigorizan el sentido de rechazo, ironía, etc., en lo que tampoco voy a entrar, por ser algo bien conocido⁴². Convendría, con todo, hacer hincapié en el hecho de que buena parte de estos procedimientos se basa principalmente en la utilización de peculiares esquemas melódicos interrogativo-exclamativos:

¡¿No me va a gustar, cojones?!

¡¿Yo, con 80 años, voy a coger un coche ya?!

o simplemente exclamativos, como los que se superponen a ciertas expresiones más o menos formulísticas:

¡Que te crees tú eso!

¡Anda que no lo conozco yo bien ni ná(da)!

Aunque descritos de forma más o menos impresionista, estos fenómenos, fuertemente ligados a la fraseología fijada, se hallan recogidos en los estudios acerca del lenguaje coloquial. Siempre ha llamado poderosamente la atención el patente predominio de la afectividad, por lo que los tratadistas se han ocupado de inventariar el rico arsenal de las expresiones coloquiales que lo reflejan⁴³.

7. No ocurre así con lo que más claramente pertenece a la técnica libre del discurso, en lo que no se pasa de la caracterización excesivamente general ya mencionada. En efecto, de los fenómenos señalados, puede decirse que sólo es propiamente sintáctico el que hace referencia a la abundancia de frases independientes o coordinadas y, consiguientemente, a la escasez de subordinadas (en el sentido usual dado a estos términos). Pero tal afirmación —empíricamente no comprobada del todo, como digo— requiere ser precisada. Da la impresión de que se sustenta principalmente en que los llamados «nexos» o conjunciones de subordinación son menos numerosos y menos empleados por parte del lenguaje coloquial. En realidad, la función que un miembro constituyente desempeña respecto al todo

⁴² Vid. mi artículo, ya citado, «Problemás de syntaxis andaluza».

⁴³ Más de la mitad del libro de W. Beinhauer, el extenso capítulo III, se dedica a «La expresión afectiva».

o unidad en que se engloba no está ligada necesaria ni exclusivamente a una determinada conjunción o locución conjuntiva; contribuyen a ello otras muchas marcas e indicios no siempre fáciles de identificar y describir. Pero es que, además, no está claro que la lengua coloquial haga escaso uso de expresiones ordenadoras del discurso. Desde luego, está fuera de toda duda que, no sólo usa, sino abusa de términos y expresiones de valor ilativo; ni siquiera de *y*, tan abundante en el coloquio, cabe afirmar que tenga como límite máximo de intervención la unidad oracional⁴⁴. La mayoría de las preguntas, por ejemplo, se encabezan, bien con *y*, bien con *pero*:

¿Y a cuánto estaban los jornales este año?

¿Pero mejor que otros años o peor?

Carmen ¿y no se te hace aburrido todos los días hacer lo mismo?

Y otro tanto ocurre fuera de las preguntas; en la mayor parte de los casos, la conjunción *y*, lejos de cumplir un mero papel coordinativo, sirve para marcar el avance o progreso del discurso, a lo que con frecuencia cooperan otras expresiones de refuerzo, como *luego* (*aluego*), *además*, *encima*, etc.:

P. —Y aparte de esa capilla que ya no existe, ¿hay algún otro monumento que se haya destruido?

R. —¡Hombre! Los arcos de la Puerta (de) Aguilar, que fue un fracaso echarlos abajo, y porque los echaron de madrugada, porque si lo ponen a voto(s) me parece a mí que no los echan abajo.

* * *

Me gustan las flores también por lo que adornan, y *luego* lo bonitas que están...

* * *

P. —Me has dicho que no te gustaba hacer deporte...

R. —No, si me gusta... lo que es que no tengo tiempo, y *además* estoy hecho *porvo* ['polvo'].

⁴⁴ Sobre los diferentes valores y sentidos de la coordinación en *El Conde Lucanor*, véase nuestro análisis del ejemplo XXIX, incluido en el volumen *Textos hispánicos comentados* (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 1984), págs. 49-50.

Todo el coloquio está salpicado de *bueno, entonces, pues, o sea (que)*, solos o combinados algunos entre sí (*bueno, pues; pues entonces; entonces, pues; etc.*), y si bien es cierto que se han convertido en verdaderas muletillas de escaso poder articulador, al menos hay que admitir que reflejan una clara voluntad superadora de una organización sintáctica basada en la mera yuxtaposición, concepto que, por lo demás, no puede entenderse como un tipo especial de relación sintáctica que se sitúe en el mismo plano que la coordinación y la subordinación. Una cosa es que una sintaxis escasamente elaborada acuda insistentemente a asideros o apoyos distintos de las conjunciones enumeradas en nuestras gramáticas, y otra muy distinta calificarlos de elementos superfluos o sobrantes, dado que en muchos casos resultan imprescindibles como engarces textuales. No es adecuado, pues, hablar de predominio de oraciones independientes en el lenguaje coloquial.

8. Está por hacer un estudio tipológico de las expresiones que cumplen un papel de arranque, mantenimiento o cierre en el modo de organizarse las unidades secuenciales del coloquio⁴⁵. Se descubriría, por ejemplo, que ciertas formas verbales apelativas (sobre todo de verbos referentes a la esfera de los sentidos) no son sólo elementos fáticos, sino que cumplen también un claro papel de señal marcativa de inicio de estructura:

mira, oye, escucha (cucha), fijate, entiéndeme...

En cada zona hay predilección por unas u otras; en el área cordobesa llama la atención el constante *verá(s)*, que puede aparecer, además, en cualquier lugar de la cadena hablada.

En relación con lo anterior han de considerarse diversas expresiones que también han acabado por convertirse —tras sucesivos acortamientos y reducciones en ciertos casos— en recursos interrogativos:

⁴⁵ C. Fuentes ha hecho notar que la abundancia de esta clase de expresiones de sentido consecutivo —que, según ella, cumplen una función de coordinación— es una de las características observables en el habla culta de Sevilla («Sobre las oraciones consecutivas en el habla urbana de Sevilla —Nivel culto—», en *Sociolingüística andaluza*/3, Sevilla, 1985, págs. 87-103).

¿No (es) verdad que...?
 ¿Verdad Manuel que yo no he sido?
 ¿Verdad tú? ⁴⁶.

Muchas son las expresiones que cumplen una función meramente reforzadora y que terminan siendo fórmulas más o menos estereotipadas: *esa es la verdad, de verdad, la verdad, ya te digo, digo yo, etc.*, así como otras cuya misión principal es servir de cierre —parcial o total— de la secuencia; entre estas últimas se halla un gran número de codas copulativas o disyuntivas con algún neutro pronominal (carente de valor fórico) o con algún hiperónimo general: *y eso, y todo eso, y tal, y tal y cual, y demás, y todo, y cosas así, y esas cosas así, y cosillas así, ni ná(da), ni ná(da) de eso, o lo que sea, o por ahí, ¡y no veas!, y se acabó, etc.* ⁴⁷:

Le dice usted que me llame o lo que sea, es que me he queda(d)o esperándole y no sé qué ha pasa(d)o.

Otras pueden encontrarse en el interior de las estructuras, aparentemente como elementos interruptores de una secuencia iniciada, pero, en realidad, como auténticos trampolines de carácter ilativo: *¡vamos!, ¡ea!, ¡vaya!, ¡claro!, ya ves (tú), según, ya (te) digo, desde luego, no sé, etc.* ⁴⁸.

Sin duda, los que más interesan para nuestro propósito ahora son aquellos términos o expresiones a los que se encomienda un papel conclusivo o simplemente resumidor: *total, nada, en fin, etc.*:

⁴⁶ En este y otros casos, W. Beinhauer habla de «elipsis verbal» (*El Español coloquial*, págs. 324-327).

⁴⁷ Sin llegar a la extensión e intensidad de uso que alcanzan en ciertas áreas hispanoamericanas, los neutros *esto* y *eso* aparecen como meros elementos de apoyo sin valor fórico alguno.

⁴⁸ De hecho, algunas de las formas verbales estereotipadas permiten arrancar directamente con *que* anunciativo:

¡Vamos! que la próxima vez se lo va a pensar mejor.

En casos como

*¡Vaya que su padre le pegue!
 ¡No vaya que me equivoque!*

los tratadistas siguen pensando que se ha producido elisión de *ser*.

Entre el cachondeo que se liaba en clase, lo poco que a mí me gustaba el latín y demás, *total*, que no aprendí ná(da).

* * *

Aunque algunas veces la verdad es que te supone un trauma el tenerte que ir a un ensayo cuando te puedes ir a la calle a divertirte o a tomarte unas copas con los amigos, o irte simplemente de paseo, ¿no?, *nada*, que te tienes que ir, pero ¡vamos!, como te gusta...

Su fuerza expresiva, superior a la de *por tanto* o *en consecuencia*, por ejemplo, tiene que ver con la especial configuración global del enunciado de la lengua coloquial, de lo que me voy a ocupar en lo que sigue.

9. Comenzaré por algo que ha logrado atraer ya la atención de los lingüistas: el papel desempeñado por la disposición u ordenación de las palabras y por los recursos prosódicos —ambos hechos son, en realidad, indisolubles— en cuanto portadores de información⁴⁹.

Tradicionalmente, la gramática se ha centrado en el orden tenido como básico en español, aun reconociendo que nuestra lengua se sitúa en un lugar intermedio por lo que se refiere a la libertad de colocación de los elementos en la oración. Suele caracterizarse tal orden básico por el predominio de la disposición sujeto-verbo-complementos y por la frecuencia con que los términos modificadores siguen al modificado, si bien se reconoce que no faltan tipos de construcciones en que, por ejemplo, el sujeto se sitúa obligatoria o muy frecuentemente en posición posverbal (*todo eso ha pasado por no conocer tu padre a tu novia; ya va a empezar el jaleo*). Los tratadistas se limitan, en general, a calificar de «afectiva» —marcada estilísticamente, por tanto— a toda disposición secuencial que no responde a tal ordenación básica, considerada «lógica», aunque no ignoran que, en ciertos casos, más que a factores expresivos, responde a hábitos idiomáticos, en ocasiones puramente rítmicos. En efecto, no cabe hablar, sin más, de un solo orden básico lógico, que los hablantes «modifican» o «alteran» por razones afectivas. Dentro de los patrones permitidos por el sistema, la colocación de los ele-

⁴⁹ Cf. Lars Fant, *Estructura informativa en español. Estudio sintáctico y entonativo*, Uppsala, 1984.

mentos no ha de verse exclusivamente en el nivel de la oración y desde la perspectiva de las categorías sintácticas; resulta pertinente para la estructura informativa de los enunciados, lo que requiere su consideración en el nivel superior del discurso o texto.

Por otro lado, determinados recursos prosódicos —en particular, la entonación y la existencia o no de pausa(s)— han de ser estudiados conjuntamente con los sintácticos, ya que en ellos puede residir gran parte del contenido informativo o de la concreta orientación del mismo. El hecho de que la línea melódica tenga que ser contemplada básicamente en el nivel textual —y no propiamente en el de la oración— explica la poca atención prestada por las gramáticas, si se exceptúa el caso de la interrogación.

Se entiende, pues, que los lingüistas intenten superar la tradicional descripción basada en la consideración de las categorías sintácticas básicas y se fijen en aquellos recursos que soportan buena parte de la estructura informativa. A ello responden, por ejemplo, las parejas de conceptos «tema/remá», «tópico/comentario», «foco/presuposición», etc., que, en definitiva, hacen referencia a la distinción entre «información vieja» (dada o conocida, para otros) e «información nueva».

La «tematización» (o «topicalización») de uno o varios constituyentes oracionales se alcanza habitualmente por medio de su colocación en primer término —sea cual sea el papel estrictamente sintáctico que desempeñe— y su parcial desgajamiento del resto del enunciado; esto último, que se refleja en la existencia de una pausa más o menos marcada y en el contraste tonal ha llevado a algunos a decir que el tópico aparece desvinculado y no desempeña ninguna de las funciones reconocidas⁵⁰. El grado en que intervienen la anticipación, por un lado, y la parcial separación de su secuencia, por otro, varía en cada caso:

Hobbys / tengo yo montones*.

⁵⁰ F. Rodríguez-Izquierdo, «Procedimientos de topicalización en el habla culta de Sevilla», en *Sociolingüística andaluza*/3. *El discurso sociolingüístico*, Sevilla, 1985, págs. 31-49.

* Difícil resulta dejar bien reflejada con los escasos signos gráficos convencionales la variadísima gama de modalidades melódicas, contrastes tonales, detenciones, interrupciones, etc. que configuran en último término el verdadero sentido de las secuencias; sólo la audición de la grabación correspondiente

- Esa gente / ¡el *chollo* que se monta!
 Yo / el problema que veo en la enseñanza es que hay mucho de *memorieta*.
 Pues tú / vino / bebes.
 Yo / el café / como me lo suelo tomar es con cuatro cucharaditas.
 El carnet / nunca se puede dar // se puede / enseñar.

Es más, sólo el contexto puede hacernos entender en ocasiones el cabal sentido de un enunciado, como puede comprobarse en relación con las frases *los papeles se encuentran* y *un papel se encuentra* que aparecen en el fragmento de un diálogo que transcribo a continuación:

-
- A. —Que te sientes aquí con nosotros, ¡me cago en el Copón!, que vamos a..., mira, tú estás preocupa(d)o porque se te han perdi(d)o los papeles ¿no?
- B. —Eso es.
- A. —Eso es.
- B. —Se me han perdi(d)o de aquí a...
- A. —¡Pero eso tiene solución! ¡Que tiene solución! Se te *haigan* (hayán) perdi(d)o donde se te *haigan* perdi(d)o.
- B. —Es un crimen...
- A. —¡Me cago en la Hostia! Pero, mira, a mí *me se* murió el año pasa(d)o mi padre, y fi(j)ate tú si..., eso sí que no lo voy a encontrar más.
- B. —Pero bueno, pero es que no es lo mismo.
- A. —Los papeles se encuentran.
- B. —No se encuentran...
- A. —Sí se encuentran.
- B. —Porque yo me tengo que ir ¡cómo me va a dar igual!
- A. —Lo mismo.
- B. —No.
- A. —Un papel se encuentra.
- B. —Ahí yo... veremos a ver si se encuentran.
- A. —Un papel se encuentra, lo que no se encuentra es lo que no se encuentra, es lo que se ha perdi(d)o pa(ra) siempre, pero... un papel... ¡me cago en la leche! pero vola(d)o que lo encuentra(s) ¿que no?

puede dar idea exacta del contenido concreto. Con todo, me serviré —en los casos en que una coma resulte escasamente significativa— de la barra simple (/) para marcar la existencia de una pausa, de la doble barra (//) para señalar la pausa marcada y de la barra discontinua (/) para resaltar el contraste tonal.

Lógicamente, la tematización de un elemento no impide su repetición plenamente integrada en la secuencia:

Uvas colorá(das) / uvas colorá(das) vamos a traer mañana.
Y el último del SIDA / ¿sabe usted el último [chiste] del SIDA?

Y no es obstáculo que el término anticipado pertenezca sintácticamente a una cláusula integrada sustantiva:

La gente joven / creo que no tiene(n) inquietud, es mi forma de verlo.
Mi Miguel / no quiere yo que beba,
Yo no sé esto / cómo lo van a arreglar.
Bueno, hoy / no es que tengamos menos tranquilidad que antes,
porque estábamos, como yo digo, más agobia(d)os.
El Barrigate / te voy a decir yo por qué no cambia el Barrigate.

Lo destacado puede ser toda una cláusula:

Yo, porque no quiero engordar / si no, me comía...

La anticipación, como se ve, favorece —al tiempo que se apoya en ello— la utilización de estructuras relativas con *ser* de sentido especificativo o ecuativo⁵¹, no meramente atributivas:

Esa gente / lo que tiene(n) es mucho cuento.
Lo que hay que venir / es sin niños.
Lo que vivimos / es del vino.

La aparición de elementos anafóricos es en muchos casos exigencia de la tematización:

El pantalón / puede que sí que *lo* compre.
Yo / todo lo que sea gastarse dinero en armas / *lo* veo mu(y) mal,

por lo que no cabe hablar de simples «refuerzos», como suele decirse⁵².

⁵¹ La «ecuación» (identificación de dos entidades o individuos) se diferencia de la mera «atribución» (asignación de una propiedad a un individuo). Cf. J. C. Moreno Cabrera, «Atribución, ecuación y especificación: tres aspectos de la semántica de la cópula en español», *RSEL* 12, 1982, págs. 229-245.

⁵² De «tópicos con refuerzo anafórico» habla F. Rodríguez-Izquierdo (*art. cit.*, pág. 40). Lo mismo puede suceder en el empleo catafórico: *Yo no las he oído nunca / esas sevillanas.*

La tendencia a la anticipación destacadora es tan fuerte que a ella pueden quedar subordinados incluso los mecanismos de actualización del nombre:

Las mujeres / van algunas que se le(s) ve tó(do).
 Los árbitros / hay algunos que no lo hacen mal.
 Las fiestas / me gustan todas.

Son en realidad manifestaciones diversas de un fenómeno único: la preponderancia de las funciones semántico-informativas sobre las estrictamente sintácticas. Aunque es cierto que en ningún caso cabe hablar de correspondencia biunívoca entre unas y otras, es esta acentuación de la asimetría, sin duda, uno de los rasgos que más decisivamente marcan la peculiar andadura sintáctica coloquial, esto es, el gran distanciamiento entre el esquema configurado por las funciones sintácticas desempeñadas por los elementos constituyentes y su disposición secuencial, determinada en gran medida por la finalidad significativa e informativa impuesta por y desde el hablante y para su interpretación por parte del oyente.

10. Pero la propia situación comunicativa del coloquio, donde la alternancia pregunta-respuesta juega un papel decisivo y los interlocutores son co-partícipes de un amplio contexto situacional, permite la explotación de posibilidades que difícilmente pueden darse en otras modalidades de discurso. Examinaré algunas.

Si es precisamente la pregunta lo que puede hacer comprender la verdadera intención comunicativa de una secuencia —en tanto que respuesta, claro es⁵³—, nada de extraño tiene que el proceso tematizador afecte por igual a los mecanismos de interrogación. La pregunta, en efecto, no sólo se encuentra habitualmente orientada por medio de la anteposición del elemento que se considera nuclear

—¿En tren viene?

sino que, con frecuencia, la expresión topicalizada queda fuera del esquema melódico interrogativo directo:

—Tu hermano / ¿por dónde anda?

⁵³ Una secuencia como *Pepe paga las cervezas* puede ser respuesta a preguntas diversas ('¿Qué paga Pepe?', '¿Quién paga las cervezas?', etc.). Cf. G. Rojo, *Aspectos básicos de sintaxis funcional*, Málaga, 1983, § 4.4.

Se trata, en definitiva, de una parcelación de la estructura interrogativa, lo que puede realizarse de varios modos, como se refleja en los ejemplos que siguen:

- a) —¿Qué viene? ¿en tren?
 P. —Me han elegido delegado.
 R. —¿Qué? ¿que te has presentado? (se trata del llamado *qué* proléptico).
 —¿Y qué? ¿que te gusta estar en un sitio independiente?
- b) —Allí la gente ¿qué son? ¿gente del campo to(dos)?
 —Ese cambio ¿qué vas a hacerlo? ¿en Sevilla?
 —¿Qué voy a hacer? ¿pedir limosna?
- c) —¿Qué quería? irse sin pagar ¿no?

Por encima de las diferencias de constitución interna observables, en todos los casos se advierte la existencia de una especie de trampolín preparador y desencadenador de la interrogación propiamente dicha⁵⁴. La propia abundancia de preguntas disyuntivas o alternativas es un reflejo más de esa tendencia a la estructuración desglosadora:

- Ahora ¿qué haces? ¿estudias o trabajas?
 ¿Qué es lo que quiere Pedro? ¿estudiar o ponerse a trabajar?
 ¿Cuánto le debes? ¿mil o dos mil pesetas?
 ¿Qué lo tienes? ¿en parvulitos o en una guardería?

Tal arquitectura desmembradora ni siquiera es observable en la interrogación retórica —disyuntiva o no—, que no admite una parcelación semejante:

- ¿Estás tonto o qué?
 ¿Os habéis puesto de acuerdo o qué?
 ¿A qué voy a ir yo a Porcuna ya si allí no me queda nadie?
 ¿A que no sabes lo que vamos a hacer este año?

11. También en la respuesta se dan algunas posibilidades constitucionales que no se ofrecen —o muy raramente— fuera de la lengua coloquial. Se ha dicho, por ejemplo, que es propio de la lengua hablada el gran rendimiento, tanto cuantitativo como cualitativo, de

⁵⁴ La diferencia entre b) y c) es mínima; en el último caso, la entonación interrogativa actúa sólo sobre un término añadido (*tag*, en inglés) tras una aseveración orientadora de la respuesta.

las formas no personales del verbo⁵⁵. Incluso se ha hablado del carácter «antivirtual» del infinitivo español, capaz de constituir por sí solo —en la respuesta, precisamente— núcleo de predicado:

P. —¿Qué haces?

R. —Estudiar⁵⁶.

No se suele aludir, sin embargo, a otro uso del infinitivo que responde a este tipo de sintaxis parceladora propia de la lengua coloquial:

P. —¿Qué pasa? ¿que no come mucho?

R. —Comer, no come mucho, pero es que no bebe ni leche.

* * *

Perderse, no se pierden.

* * *

Aburrirte, no te aburrirás.

* * *

P. —¿Y eso es perjudicial?

R. —Perjudicar, perjudica, pero ¡¿qué se le va hacer?!

* * *

P. —¿Practicas algún deporte?

R. —Practicar, lo que se dice practicar, no practico, pero me gustan todos.

Del carácter general y virtual representado por el infinitivo se pasa a su particularización y actualización efectuada por la forma verbal personal correspondiente. Digamos, de paso, que tal andadura que-

⁵⁵ De los ejemplos aducidos por E. Toledano Soto para demostrarlo (en su comunicación presentada al IX Simposio de la SEL, Oviedo, 1981, un resumen de la cual se halla publicado en la *RSEL*, 12, 1982, págs. 178-179), hay algunos no acertadamente interpretados (cree, por ejemplo, que hay un auxiliar elidido o implícito en *¿qué voy a hacer? ¿pedir limosna de puerta en puerta?*); otros, me parece, no resultan habituales en el coloquio (*basta uno encontrarse sin tabaco para que te entren unas ganas tremendas de fumar*, ejemplo tomado de *El Jarama*); no alude, sin embargo, a empleos como *¡Venga cantar!*, que sí lo son.

⁵⁶ Cf. Jean-Claude Crevalier, «Remarques comparées sur l'infinitif espagnol et l'infinitif français», *BH*, 71, 1969, págs. 140-173.

brada facilita el contraste o la contraposición de carácter adversativo, a lo que aludiré más adelante.

No puedo referirme a otros empleos del infinitivo (y de las demás formas no personales del verbo) que se prestan a consideraciones de índole textual más complejas; quede constancia, con todo, de que, por encima de su carácter distorsionador o transgresor de la sintaxis normativa, se advierte en todos ellos una clara voluntad parceladora de la secuencia:

A. —Eso lo dice para que tú se las hagas.

B. —Yo le echaré una manecilla, pero hacérselas, no.

* * *

... daremos una vuelta, nos iremos a comer, después veremos un poco la tele, saldremos otra vez, tomaremos una copa, y *a dormir*, para mañana poder trabajar.

* * *

P. —¿Y desde que te casaste estás haciendo lo mismo?

R. —Siempre igual, *cuidando* a mis hijas, que saquen su carrera, *cuidando* a mi marido, *estar* nada más que pendiente de mi casa y de mis hijas.

* * *

Pero de dinero échale, que vale cada inyección cinco mil doscientas pesetas, ... y ahora *ponérselas*.

12. Por el hecho de ser quebrada o parcelada no puede afirmarse de esta sintaxis que sea escasamente elaborada o pobre. Es preferible decir que responde a otro tipo básico de organización, distinto del dominante en la lengua culta. Dicho de otro modo, las relaciones estrictamente funcionales, esto es, las que ligan los miembros constituyentes a la unidad global resultante, son esencialmente las mismas que se identifican en la lengua culta, pero, en lugar de responder a los moldes descritos en las gramáticas, se ofrecen fragmentariamente y según el lugar que, desde un punto de vista fundamentalmente informativo, el hablante les asigna. La disposición secuencial de la frase coloquial no ha de verse como una des-ordenación de un supuesto orden lineal o lógico, sino que debe contemplarse como una ordenación que responde a factores diferentes considerados prioritarios. Ello se comprueba tanto en los constituyentes últimos —re-

cuérdese, por ejemplo, la «desarticulación» de los elementos integrantes de un sintagma nominal en:

lo demás, tó(do) no vale un duro
y los que no tenemos recomendación, ésos no servimos pa(ra) ná(da)—

como en los miembros integrantes de los períodos más complejos. En

No, que se ponga un niño a arreglar la comida solo y que se quemé
o le meta fuego al perol ¿qué te parece?

en lugar de plantearse una relación hipótesis-deducción, se prefiere implicar en esta última al interlocutor mediante una pregunta que, por supuesto, no demanda respuesta.

13. Pero, como es natural, la caracterización se hace más difícil cuando se trata de las unidades superiores o más complejas, pues obliga a recurrir a criterios no homogéneos, al igual que sucede en la mayoría de los tratados gramaticales, que no suelen tener en cuenta —o lo hacen en escasa medida— los usos coloquiales. De «condicionales», por ejemplo, se califican, no sólo los casos en que interviene *si* (*si te portas bien, te compraré una bicicleta*), sino otras muchas estructuras de constitución muy diferente: *Cállate de una vez, o no le doy de comer*; *Quienes nos conozcan y de veras nos estimen nos perdonarán*; *Tampoco el Greco hubiera hecho su verdadera obra, de no haberse casado con Toledo*; etc.⁵⁷. Quiere ello decir que la delimitación y caracterización en cuanto forma del significante de las funciones sintácticas observables en las unidades superiores no es tarea fácil ni se ha hecho, en general, de forma coherente. En consecuencia, no hay razón, en principio, para decir que en la lengua coloquial es claro el predominio de la coordinación sobre la subordinación por el hecho de que abunden los nexos de coordinación, fundamentalmente la conjunción *y*⁵⁸. Tampoco ha de aceptarse, sin más, la afirmación de que el empleo de un número

⁵⁷ Ejemplos tomados de L. Contreras, «Las oraciones condicionales», *BFUCH* 15, 1963, págs. 33-109.

⁵⁸ En todo caso, no cabe confundir el abundante uso de la coordinación con una andadura sintáctica elemental o pobre. Y menos, acudir al «principio del menor esfuerzo» como factor fundamental de explicación, como hace W. Beinhauer (*El español coloquial*, pág. 342).

menor de términos de subordinación lleva aparejada necesariamente una merma de las posibilidades de expresar tipos de relación lógica o no lógica. Desde luego, no se puede deducir de esto, sin más, que estamos ante una sintaxis pobre, y no sólo porque las nociones de pobreza y riqueza son en lingüística siempre relativas, sino porque una relación funcional no se identifica necesariamente con una determinada marca formal. A casi nadie ha pasado desapercibido que una coordinación en la que interviene y puede proporcionar los sentidos más diversos y distantes de la mera adición⁵⁹; tampoco se pone en duda que ello se presenta con mayor intensidad y frecuencia en la lengua coloquial. Así, son interpretables como hipotéticas o condicionales secuencias del tipo

El Toni / los ve y se vuelve loco. [Se refiere a unos zapatos usados.]
 Esto te lo fumas y es peor que el aceite de *corsa* [colza].
 Te fumas esto y te da la *neumonía antipática* [neumonía atípica] esa.
 De golpe salieron unos ciervos, una manada de ciervos, ¡vamos! al
 lado mismo de nosotros, que un poquito más y nos atropellan,

y como concesivas:

Tan chica / y (ya) le gusta pintarse.
 Una amiga mía estaba bastante empollá(da), había estudiado un mon-
 tón, y resulta que en Selectividad se la cargaron; ha habido gente
 que ha ido peor preparada y han aprobado.
 A tu edad y creyendo en hadas.

Estos efectos de sentido —y no cambios de significado, como suele afirmarse, por estimarse que a toda estructura en que interviene y corresponde una significación meramente copulativa— pueden verse apoyados en hechos formales diversos, aparte la especial configuración de la línea melódica, con la que siempre hay que contar. Así, por ejemplo, a diferencia de la construcción formalmente condicional, que permite la alternancia secuencial de sus miembros sin que la relación se vea modificada sustancialmente (*si te fumas esto, te da la neumonía atípica / te da la neumonía atípica si te fumas esto*), la solución coordinativa puede implicar una determinada disposición, que viene a compensar, por otro lado, la carencia de índice específico.

⁵⁹ Cf. Real Academia Española, *Esbozo*, § 3.18.3.

14. La relación constitutivo-funcional entre cada una de las partes y el todo en que se integran no debe ser examinada sólo a partir de los procedimientos formales de que se sirve; tal ligazón puede descansar básicamente en ciertos términos explícitos (las llamadas conjunciones) o derivar de la conexión que hablante y oyente(s) establecen con facilidad entre los miembros; esto último explica que baste con acudir a conectores inespecíficos para conseguir variados sentidos, sin que ello disminuya la capacidad de expresarlos: al contrario, en muchos casos se convierte en mecanismo potenciador.

No pretendo quitar razón a quienes, basándose en criterios comparativos y contrastivos, sitúan el código coloquial en un nivel de elaboración más bajo que el estándar. Desde un enfoque estrictamente idiomático, sin embargo, es preferible partir de la consideración de cada uno en sí mismo y describir de forma sistemática su particular organización interna. No todo es elemental estructuración y, mucho menos, falta de dominio y de destreza. Cada secuencia ha de analizarse, en principio, como la más adecuada para lograr transmitir el mensaje que se intenta comunicar; por más que se diga que el sentido de

A ése se le toca y se queda uno pega(d)o.

Tiene una cara que la ves y no *te se* olvida

es «condicional» —lo que quizás pueda discutirse—, no resulta procedente entenderlas como equivalentes de *si se le toca se queda uno pegado* o *si ves su cara no se te olvida*. No son simples variantes, una elaborada y otra no, de una misma estructura; existen notables diferencias semánticas e informativas, que tienen que ver —sin que la correspondencia sea estricta— con la distinta configuración sintáctica elegida. La lengua coloquial no se limita a establecer una mera relación hipotética del tipo *si A, B*, sino que pretende, sobre todo, potenciar la contraposición entre los miembros, que léxicamente resulta hiperbólica.

Frente a la sintaxis diseñada de la lengua culta, mejor o peor descrita por los gramáticos, la de la lengua coloquial se nos presenta menos trabada, prefiere servirse de esquemas que no constriñen por anticipado el significado de la relación entre los miembros y el que contraen inmediatamente éstos con la unidad resultante que los engloba. No cabe decir que

Me vengo de Madrid porque quería estar en Montilla; me vengo a Montilla / y me tengo que ir otra vez por ahí

sea una forma más «simple» (¿desde qué punto de vista?) de expresar una simultaneidad (o sucesión inmediata, si se quiere) temporal, equivalente a *cuando (una vez que) por fin he conseguido volver a Montilla, me veo obligado a irme otra vez*, por ejemplo. Hay que decir que importa menos la relación cronológica que la contraposición o contraste. Cuál sea el sentido específico que en cada caso adquiere tal contraposición, es algo que deriva del correspondiente contexto y se refleja en la entonación:

Yo me casé / y no había ido ni a Córdoba.

A. —Se le van quedando chicos [los jerseys].

B. —Si él va creciendo / y los saquitos se quedan igual...

La discusión acerca de si las adversativas han de considerarse coordinadas o subordinadas⁶⁰, así como la zona de confluencia entre ellas y las concesivas, son falsos problemas si se refieren a la sintaxis coloquial. Una relación como la que se expresa en

Lo bueno de esta casa es que está en Córdoba // y no está en Córdoba.

no coincide del todo con ninguno de los dos tipos en particular. Y de nuevo la misma pregunta: ¿qué nos permite afirmar que tal secuencia es más sencilla o simple que las que se valen de *pero* o *aunque*, términos por lo demás, usuales en el coloquio?⁶¹ Sí puede decirse, en cambio, que la fuerza expresiva de la contraposición bipo-

⁶⁰ Véanse las diferentes posiciones adoptadas por A. García Berrio (*Bosquejo para una descripción de la frase compuesta en español*, Murcia, 1970, § 2.1.), G. Rojo (*Cláusulas y oraciones*, § 7.3.), Ana M.^a Echaide («La coordinación adversativa en español: aspecto sincrónico», *RFE* 57, 1974-75, págs. 1-33), J. Muñoz Garrigós («Sobre el origen de los nexos adversativos en español», *Cahiers de linguistique hispanique médiévale*, n.º 6, 1981, págs. 41-56), J. A. Moya Corral («Aspectos semánticos de la relación adversativa», *Estudios románicos dedicados al Prof. A. Soria*, I, Granada, 1985, págs. 221-238), etc.

⁶¹ Tampoco resulta procedente hablar de empleo desviado de *pero* cuando, lejos de contraponer, enfatiza o intensifica:

P. —¡Ah! pero ¿Conchi también va?

R. —¡Pero si nosotros vamos porque va Conchi!

lar irradia de la conjunción de dos contenidos contradictorios, y si bien en el ejemplo anterior tal contradicción radica en el contraste afirmación-negación, no tiene por qué ser así siempre:

Tenía que estar allí a las siete / y ha salido de aquí a las siete y media.
Es con el padre al la(d)o / y no estudia // *contri* más /solo:

Es más, en ocasiones la contraposición implica la destrucción de la identidad (o semejanza) significativa de los miembros coordinados, merced a la diferente referencia impuesta por el contexto:

Es que hay casos // y casos. ('Es que, aunque hay casos en que puede ser así, en este no', o bien, 'Es que hay notables diferencias de unos casos a otros, por muy semejantes que parezcan'.)

Conviene insistir en que no es de la coordinación de donde emana tal actuación informativa, pero sí la permite, y en que resultan decisivas la pausa y la línea melódica ⁶².

Los ejemplos podrían multiplicarse. Una secuencia como

Fue terminar la carrera / y corriendo le dieron trabajo ⁶³

no parece menos compleja que

Cuantito que terminó la carrera le dieron trabajo.

Son simplemente dos tipos de organización sintáctica, que requieren diferentes descripciones estructurales. Y de

Ellos se hacen los tontos // y que lo hagan ellas tó(do)

no cabe decir, sin más, que equivale a una final.

El que las gramáticas se hayan centrado en el enunciado y hayan prestado escasísima atención a la enunciación se explica, entre otros hechos, por el escaso distanciamiento que en la lengua culta existe,

⁶² Por supuesto, también posibilita los simples paralelismos o las relaciones de simultaneidad temporal basadas en la repetición de algún elemento: *Se acababan las dos horas, o las tres horas, y se acababan las máscaras de la calle.*

⁶³ Quizás sea instructivo poner en relación este tipo de construcción (*Yo / fue salir de Córdoba y decir ¡jea! / esto es vida nueva*) con la perífrasis *cogió y se fue*, bien estudiada por E. Coseriu («Tomo y me voy. Un problema de sintaxis comparada europea», incluido en *Estudios de lingüística románica*, Madrid, 1977, págs. 79-151).

en general, entre el acto individual de utilización de una lengua y el resultado de ese acto. En la lengua coloquial, en cambio, el estudio de los enunciados que se nos ofrecen obliga a tomar en consideración constantemente el conjunto de factores que supone su producción.

15. Otra idea que conviene precisar es la que hace referencia al pretendido «primitivismo» de la lengua coloquial. Es verdad que no resulta difícil encontrar paralelismos. Así, los ejemplos siguientes

Date prisa / que se va el autobús.

A ver si te caes del sillón ése / que ese sillón no está mu(y) católico.

No te preocupes / que yo te ayudo.

Ya está, ya está / que me vais a emborrachar.

Pon algo / que baile yo.

Abre ahí / que se ventile esto.

Ve y denúncialo a la brigadilla / que lo investiguen.

Esto [la uva] hay que mimarlo mucho / que no haya ninguna clase de problemas.

Nos podemos tirar aquí cinco años charlando / que llegamos siempre al mismo la(d)o.

Ya pueden entrar [uvas] a montones / que la muelen de momento toda(s).

Etc.

en los que interviene *que*, son comparables a los usos descritos por R. Menéndez Pidal para el *Cantar del Cid*⁶⁴. Concretamente, los cuatro primeros podrían calificarse de «causal-explicativos», de «finales» los cuatro siguientes y de «concesivos» los dos últimos. Pero este tipo de equivalencias, una vez más, nos impide entender la peculiar arquitectura de la frase coloquial. Para empezar, es difícil aceptar que setos *que* estén «en lugar de» otras conjunciones o locuciones conjuntivas. Desde luego, tal pretendida sustitución no respondería a razones de economía o comodidad, como suele afirmarse⁶⁵. Ya se

⁶⁴ *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario*, I, §§ 194-199.

⁶⁵ W. Beinhauer llega a decir que «el pueblo sustituye *cuyo* + sustantivo por el mucho más cómodo *que su* + sustantivo», cosa que no resulta fácil de demostrar; *cuyo* no se emplea en efecto, en el coloquio:

No la puede dar [la clase] como lo puede hacer otro que realmente ésa es su profesión.

ha hablado antes del concepto de economía (también de la redundancia, e incluso del «derroche»). Por lo que se refiere a la comodidad, resulta más que discutible que utilizar *porque* o *aunque* sea más incómodo que servirse de *que*. En todo caso, no sería ésa la única alternancia en juego⁶⁶, y en muchos casos no sería fácil encontrar el «sustituto» adecuado:

¿Qué estás haciendo / que me estás liando?

¡Ojalá yo *conduciera* (condujera)! / que iba a ver tú lo que yo iba a parar aquí.

Y ello sin contar con los numerosos usos en que es inútil pensar en equiparación alguna con los tipos tradicionalmente establecidos, pues *que* se limita a servir de mero apoyo ilativo, cercano a veces al copulativo:

¿Sabes que nos vamos a mudar a la tienda nueva, que ya pues tenemos todo prepara(d)o ná(da) más que para mudarnos?

Estudiabas en el comedor, o bien, cuando se acostaban, recogías un poco las cosas, el comedor, y ahí te quedabas hasta las doce o la una estudiando, que eso de la hora pues dependía de lo cerca que estuvieran los exámenes ¿no?

Yo conozco a tu hermana y *ar* (al) chico, que me acuerdo que me pasé aquí una tarde mu(y) buena jugando con él, corriendo, hace ya un montón de tiempo.

16. El desuso de ciertas locuciones por parte de la lengua coloquial (*a fin de que*, *puesto que*, etc.)⁶⁷ no es realmente una marca

P. —¿Cuál es la última [película] que has visto?

R. —Una de Julio Verne, que no me acuerdo su título, y estuvo bastante bien.

En todo caso, no es ésa la única «sustitución» que cabe hacer:

Pero no es como aquí, que tenemos toda la semana procesiones. Llevamos unos años que se está notando menos movimiento.

⁶⁶ En *bébetese* / *que te echo otro*, por ejemplo, calificada con frecuencia de «final», habría que explicar la presencia del indicativo (*echo*), incompatible con *para que*.

⁶⁷ Una buena parte es común al uso culto y al coloquial, e incluso con igual variedad de sentidos, si bien con diferente intensidad de empleo; *ya que*, por ejemplo, parece utilizarse más para señalar la sucesión inmediata (*ya que estaba tó[do] prepara[do], se rajó*) que una relación causal (*porque ya que es lo que le da la vida al pueblo, deberían mirar más por ella*).

pertinente que diferencie un tipo de sintaxis y otro, sobre todo si se piensa que tampoco faltan ejemplos de lo contrario, como se verá. Es más relevante la preferencia por esquemas en los que la trabazón entre los miembros sea mínima, por lo que las relaciones conectivas y constitutivo-funcionales no descansan básicamente en instrumentos explícitos que delimitan y ciñen su correspondencia con funciones significativas más o menos claras y definidas. Tal liberación de una cobertura sintáctica dominadora no se lleva a cabo únicamente por medio del simple *que*, sino que se efectúa a través de muy variados recursos desmembradores. Puede decirse que el más elemental consiste en intercalar algunos de los términos o expresiones de débil carácter ilativo:

La cosa ha venido más mala porque como Dios no nos ayuda y no manda agua suficiente, *pues* no se pueden sacar los grados correspondientes.

Como no hagamos negocio, *desde luego* es mejor que el tren nos pille.

Si luego hay que vender el vino más barato, *pues* se vende más barato.

Si nos hubiésemos mecaniza(d)o, *pues entonces* necesitaríamos mucho más trabajo y habría que buscarlo por ahí / en fin, es un problema.

Unas son buenas y otras son malas; y, claro, si usted tiene mucha azúcar, *entonces pues* unos glóbulos se comen la parte de alcó(hol) que tiene eso y no fermenta⁶⁸.

No son tales expresiones simples comodines, «palabras desprovistas, mejor dicho, despojadas de sentido y utilizadas como mero soporte en la conversación»⁶⁹, sino que constituyen muchas veces auténticos vehículos de la configuración parcelada que caracteriza este tipo de sintaxis.

Si en los ejemplos anteriores no cabe hablar de desbaratamiento del esquema sintáctico, en otros casos es el esquema mismo el que se adapta a tal clase de construcción sintáctica:

Si se enfada / que se enfade.

Que no quiere estudiar / pues a trabajar.

⁶⁸ Algunos de estos términos son estudiados en cuanto elementos de relación consecutivos por C. Fuentes, «Sobre las oraciones consecutivas en el habla urbana de Sevilla (nivel culto)», en *Sociolingüística andaluza*/3, cit., págs. 87-103.

⁶⁹ F. Ynduráin, «Más sobre lenguaje coloquial», *Español Actual*, n.º 6, 1966, págs. 34.

17. Lógicamente, este tipo de andadura sintáctica se descubre más fácilmente en aquellas secuencias en que se configura una contraposición total o parcial, lo que, dicho sea de paso, suele aducirse como reflejo de la preferencia por la mera yuxtaposición, sin reparar en que la ausencia denexo, lejos de anular, potencia la relación funcional y semántica:

Será cómodo para ti, que tienes lavadora / yo no tengo.

P. —Y tú ¿dónde te enseñaste?

R. —Pues yo, enseñarme, en ningún sitio / yo que me gusta y mi madre me lo enseñaba lo que ella sabía, y lo que no, lo voy aprendiendo yo de vecinas' o de cualquiera.

Sí, título tengo, lo que no tengo es dinero.

Los [Delgado] de las casas nuevas, no, los que viven ahí detrás, tampoco // unos que se han ido a vivir al centro⁷⁰.

¡Cambiando un poco de tema! Cambiando *bastante* de tema! porque de la música a lo que me estás preguntando va un abismo.

A. —Es que es un poquillo bruto.

B. —Sí / un poquillo // un pocazo⁷¹.

Que no puede hablarse, sin más, de falta de elementos articuladores ni de pobreza sintáctica se revela en el hecho de que son muchas las expresiones (de carácter analítico todas ellas) con las que se alcanza contraposición o contraste de sentido adversativo, restrictivo o concesivo, según los casos:

Está bueno / *lo que es que* [lo kéh ke] raspa mucho.

Nos vinimos el mismo día / *ná(da) más que* ellos se vinieron a la una y nosotros a las cuatro de la tarde.

Falta ha hecho siempre / *lo que pasa es que* ahora lo vemos de otra manera.

Llegamos a grabar un disco que salió bien / *lo que pasa es que* luego hay otras dificultades ya de tipo yo ya no diría técnico, sino de tipo económico.

Francia me gustó muchísimo / *y eso que* no vi París⁷².

No cabe hablar de yuxtaposición y, menos, de independencia sintáctica, en todos estos casos; las partes constituyentes están verdadera-

⁷⁰ Cf. mi *art. cit.* «Problemas de sintaxis andaluza», § 1.3.

⁷¹ En los dos últimos ejemplos, el contraste se obtiene a través de la oposición *un poco / bastante* y del juego de sufijos *-illo / -azo*.

⁷² Algunas de estas expresiones empiezan a ser utilizadas por ciertos periodistas, precisamente como índice estilístico de carácter coloquial.

mente supeditadas a la configuración global de la unidad total resultante. Y ello es así, por encima de la diversidad constitucional que presentan tales expresiones; muy diferentes a las que aparecen en los ejemplos anteriores son las que siguen:

Ahora mismo no hay muchos [libros], pero, vamos, que *con tó(do)* y *con eso* hay unos sesenta o setenta.

Porque yo / sólo la cocina // y *mira que* me gusta la comida, hacer comidas, pero luego no me gusta estar siempre en la casa.

Sin duda es *ahora (que)* la más usada y, por lo mismo, la más gramaticalizada, hasta el punto de que se ha convertido en un elemento de vaga ilación en muchos casos:

No, no, yo veo que debe de ayudar y debe de enseñarse a hacer las cosas lo mismo ella que el varón. *Ahora*, que va a costar trabajo meterle al padre y al niño que tienen que fregar los platos y barrer. Eso es los lunes, miércoles y viernes, y yo sólo tengo clase la tarde del martes, o sea, que eso no me pilla; *ahora*, cuando ya tenga que estudiar fuerte, sí que me molesta un poco⁷³.

18. Como es lógico, la plasmación de este tipo de sintaxis en cada caso ha de resultar diferente. En relación con el distanciamiento antes mencionado entre un esquema sintáctico y la que se supone debería ser su correspondiente función semántica ha de verse la mayor explotación por parte de la lengua coloquial de ciertos usos aparentemente «desviados» de lo descrito por los gramáticos. Así, por ejemplo, en

¿Qué te parece mi prima? Porque tú has salido con ella ¿no?

no se reconoce propiamente ninguna de las dos clases de *causales* (del enunciado y de la enunciación) de que habla Lapesa⁷⁴, a partir de una idea expuesta por A. Bello; no puede decirse que la pregunta y la frase encabezada con *porque* se hallen cosubordinadas a un único verbo implícito representativo del acto lingüístico de emisión del

⁷³ La pausa (o pausas), necesaria para el sentido, lejos de indicar separación, actúa como una marca más de la configuración superadora de la simple acumulación por yuxtaposición; compárese *Pepe no lo hace ahora que tiene tiempo* con *Pepe no lo hace // ahora / que tiene tiempo*.

⁷⁴ «Sobre dos tipos de subordinación causal», en *Estudios ofrecidos a E. Alarcos*, 3, Oviedo, 1978, págs. 173-205.

mensaje. Igualmente abundante es el empleo de *para (que)* alejado de la finalidad, de lo que me he ocupado en otra ocasión⁷⁵:

Para que me pongas velas a mí / se las pones a San Pancracio.
Para decir tonterías / es mejor que te hubieras queda(d)o en tu casa.

Obsérvese que su posición en primer término (algo que, cuando se trata de una verdadera construcción final, sucede sólo en determinadas condiciones, y se exige una pausa: *para que las cosas salgan bien / es menester (éh mehtë) que todos arrimenos el hombro*) responde, una vez más, a la sintaxis cortada de que se ha hablado repetidamente.

19. No corresponde al lingüista, al menos en una primera aproximación —de la que no he pretendido pasar aquí—, entrar en la valoración no estrictamente idiomática de una modalidad lingüística; si es competencia suya desmontar los análisis falseadores, frecuentemente estigmatizadores, de la realidad, tarea previa a cualquier valoración. Para ello es preciso despojarse de muchos conceptos del saber gramatical al uso y encontrar los instrumentos más idóneos para abordar el examen de esta lengua funcional, sin perder de vista en ningún momento su adecuación a la finalidad fundamental perseguida por el lenguaje: lograr transmitir al oyente u oyentes el mensaje que el hablante conforma, con la menor dosis de pérdida de significación e información que sea posible. No cabe duda de que la forma de expresión, el ropaje o revestimiento de que se sirve la lengua coloquial para alcanzar tal objetivo es notablemente diferente del que se describe en las gramáticas. Con todo el riesgo de simplificación que la elección de unos términos lleva consigo, podría decirse que, frente a la sintaxis culta, diseñada y elaborada de acuerdo con unas reglas bien establecidas, encontramos aquí un predominio de una andadura sintáctica desmembrada y parcelada. No se trata, por ejemplo, de que los mecanismos de yuxtaposición, coordinación y subordinación se empleen en una y otra en proporción distinta, pues ello implicaría admitir que no hay diferencia de tipo de estructuración sintáctica, sólo de grado. Lo cierto es que sí la hay, al menos

⁷⁵ Véase A. Narbona, «Finales y finalidad», *Philologica Hispaniensia in honorem M. Alvar*, II, Madrid, 1985, págs. 529-540.

así lo creo, y que la clave de la distinción puede encontrarse en el distanciamiento que existe entre los esquemas sintácticos y los semántico-informativos, separación compensada en gran medida por la utilización de recursos suprasedgmentales que, como la línea melódica y las pausas —lo digo por enésima vez—, están reclamando un estudio riguroso. Y todo ello ha de considerarse en función de las características de la situación comunicativa coloquial.

Pero el lingüista —el fem(i)ólogo, en este caso—, no debe limitarse a registrar y tratar de explicar las hablas vivas sin otro propósito que esconder sus resultados en alguna publicación para iniciados. En algún momento ha de abandonar la actitud científica, muy difícil de desligar, por lo demás, de posiciones sociopolíticas. Del mismo modo que parece haber sido constante a lo largo de la historia, incluida la más reciente, la inclinación a ahogar cualquier variedad o peculiaridad idiomática no «oficial», existe otra que infravalora toda modalidad que no se estime coincidente con la tenida por culta, a la que las demás han de quedar supeditadas. Hay que huir por igual de los defensores a ultranza de la lengua «nacional» y de los abogados del provincianismo y del color local. Desde luego, hay que luchar contra los papanatismos de cualquier signo.

Es sabido que cuando uno se esfuerza por conocer algo, acaba con frecuencia encariñándose con ello; pero no me ciega el amor tanto que deje de reconocer que todos estamos obligados a participar en la empresa colectiva de sacar a los desafortunados en el terreno idiomático —que, por regla general, suelen ser también los privados de otras fortunas— de tal situación. Porque eso de que en Andalucía se come peor, se vive peor y, además, se habla peor, no es verdad del todo; hay andaluces que hacen todo eso muy bien; se trata de que todos los andaluces coman, vivan y hablen (y escriban) —por ese orden— lo mejor posible. Pero elevar (dignificar, si se quiere) la capacidad expresiva y comprensiva de los hablantes no es imponer (¿con qué criterio?) una modalidad idiomática determinada. Ser hablante culto significa dominar una variada gama de registros y acertar en cada caso con el adecuado, y no estar condenado a servirse de uno solo.

Si estas reflexiones han servido para sacudir un poco el polvo de la inercia de los gramáticos y para despertar alguna que otra vocación fem(i)ológica que, a través del conocimiento, contribuya a

transformar la capacidad del saber idiomático de los hablantes, que es lo mismo que transformar su capacidad para interpretar y modificar la realidad en que viven, me doy por satisfecho.

ANTONIO NARBONA JIMÉNEZ

Universidad de Córdoba.